

DEL CAMPO POLITICO.—

# DOS POLITICOS Y UN PARECIDO DRAMA ELECTORAL

Por J. ROGERS SOTOMAYOR

Los chilenos están abocados a la inminencia de un acto electoral en unas condiciones de dramaticidad que hasta ahora no habían conocido.

En vísperas de cada una de las elecciones anteriores, nunca faltó un indicio seguro y providencial sobre la verdadera correlación de fuerzas dentro del electorado, que le permitiera al ciudadano común adoptar la decisión del sufragio conociendo a ciencia cierta las verdaderas alternativas a su alcance.

Los votantes de 1958 tuvieron a la vista la significativa elección complementaria del Tercer Distrito de Santiago, que dio ocasión para que se presentasen parámetros de tres de los cinco presidenciales de la época, Alessandri, Frei y Bossey, resultando electo diputado Enrique Edwards, tal como su patrocinante, don Jorge Alessandri, pocos meses después.

Los votantes de 1964 tuvieron un indicio de lo que pasaría en las elecciones presidenciales de ese año si se mantenían inalterables los enfrentamientos políticos tenidos en la extraordinaria de Curicó. Por el triunfo de diputado socialista Naranjo se supo cuál el más probable orden de llegada en la elección presidencial siempre sería: 1.º Allendista, 2.º Durán; 3.º Frei.

Sin duda ese peligro subsiste, pero los políticos no son conscientes de él por la ausencia de un cómputo electoral reciente y fidedigno. Ahora estamos votando "a ciegas".

Eso que se dio en llamar "el Naranjazo de Curicó", en cambio, formó conciencia clara de un triunfo marxista en Chile, que era tanto más fácil e inminente cuanto que el sistema chileno (sin "primarias" como en Estados Unidos y sin "segunda vuelta" como en Francia) permite un vuelco tan trascendental sin siquiera existir el triunfador a más entre la mitad más uno de los sufragios, según habría ocurrido en cualquier otro lugar de la Tierra.

En Chile el sistema, en sí, afronta un grave riesgo objetivo de arrojar resultados insospechados, y sólo el electorado puede corregirlo dándole mayoría absoluta al candidato de las mayores expectativas.

Ante el triunfo de un diputado allendista en 1964, un solo pacto se ceba sobre los hombros la responsabilidad de conjurarlo en la presidencial, en un gesto realmente escpartano: Julio Durán.

Apenas proclamado el cómputo de Curicó, el senador Durán renunció a su postulación, que era apoyada por un amplio frente político, muchísimo más imponente que el único partido que ahora apoya a Tomic y sólo aceptó retomar la nominación como un simple e intrascendente "saludo a la bandera" de su Partido Radical.

Ante la inminencia del mal funcionamiento de un sistema electivo, Julio Durán hizo lo que raras veces puede esperarse de un político: el sacrificio de legítimas y razonables expectativas que, a lo mejor, no volverían a presentarse jamás para él o el futuro.

Durán, antes de exponer al país a los trastornos a que hoy lo expone la candidatura tercerista de Radomiro Tomic, prefirió autoeliminarse a plena conciencia de favorecer con ello no a un aliado, sino a un adversario como Frei, de quien no esperaba otra cosa que el mantenimiento del régimen democrático.

Ciertamente que no ha debido faltarle a Durán, en aquella su trascendental decisión, el consejo en contrario —como el que Tomic debe estar recibiendo a estas horas—, de amigos y de encuestas. Sobre estas últimas están siempre listas las que más pueden desorientar a un candidato, mientras más le cobren.

Pero debe ser también una satisfacción moral que puede enorgullecer por mucho tiempo a Julio Durán, y hasta a sus hijos, saber que pudo dar paso, como político, a un sentimiento de insensata o riesgosa ambición y que tuvo, dentro de sí, las fuerzas suficientes como para dominarlo.

El resultado de 1964 dejó a Durán en paz con su conciencia.

¿Ocurrirá lo propio a Radomiro Tomic y a los que le acompañan en el voto, con el resultado de 1970?

Si Tomic y los tomicistas resultan, mañana viernes, restados a Alessandri justos los votos que le habrían permitido gobernar pacíficamente este país convalidado, como consecuencia de no haber decisión en las urnas, empiezan a arder las ciudades por sus cuatro extremos, ¿estarán entonces Tomic y los tomicistas en paz con sus conciencias?

Estará el país ardiendo mientras las cifras del cómputo mostrarán su irreversibilidad y fría elocuencia.

Entonces se dirá que lo que quiso evitar a Chile, Durán, no lo quiso evitar Tomic ni el PDC.

Pese a la desconfianza que algunas directivas ocasionales del PDC han tenido conmigo, conservo por mi antiguo partido más fe en él, y en la profundidad de sus convicciones democráticas, que la que él mismo me dispensa.

Creo que esta vez tocará al electorado democratacristiano velar la conciencia del riesgo que antes tuvo el candidato radical, él solo, y por encima del enfriamiento del suyo.

Lo que antes hizo Durán pienso que ahora lo harán los electores del PDC, partidarios e independientes: transformar la candidatura Tomic en un "saludo a la bandera" que salve el futuro del partido, pero sin hundir al país en un caos estruendoso yático.

Creo más en la cabeza fría de mis antiguos camaradas, principalmente los de las bases provinciales que están doctrinariamente no contaminadas, que en la mente alambicada de su actual candidato.

Y, por sobre todas las cosas, creo en el buen sentido del electorado chileno para dar con ese hombre que la Providencia suscita en los momentos decisivos de la historia de los pueblos.

Me afirmo en la creencia de que los chilenos, al combatir a un asesino, a un asesino Alessandri, como los ingleses llamaron al combatido Churchill al turno del suyo, más a veces que el instinto de conservación de las masas es más verteros que la más alambicada y sutil estrategia de sus conductores.